

El Colmenar de Enjambres

La pandilla de Pozuelo acude a Cádiz para asistir a una fiesta de unos amigos de Paco de Lucía en una finca de ganado bravo, Las Alegrías, cerca de Algeciras, mientras Leonie afianza su relación con Jan, y Juan e Ismael asientan su amor ante todos.

Inauguración del Palacio de la Música de Vitoria, en el que se produce el atentado que acaba con la vida del lendakari Iñaki Urquijo

Nuestros protagonistas viajan a Washington a la inauguración del Centro Cultural donde el presidente toca al clarinete, entregan la medalla del Congreso a los doctores Samuel Fernández y Sofía Díaz, y Pablo queda con el alcalde de San Francisco para llevarle un diseño en poco más de un mes. Ana Ramírez tiene a su hija Raquel.

Viaje de todos a San Francisco donde se va a presentar el libro de Ana y se inaugura el restaurante de su cuñado Benjamín. Por otra parte, Pablo lleva sus bocetos y cuadros del nuevo Auditorio de la ciudad franciscana y pondrán la primera piedra del mismo. Mitin del presidente americano, que acude a todos estos actos, en el Chase Center al que acuden todos.

Pablo conoce a un director de cine casado con una actriz famosa quienes le encargan unos diseños para su nueva casa en Beverly Hills.

El presidente Carpenter gana la reelección mientras en Viena muere en abuelo Jonás y Pablo e Isabel deciden comprar la casa de estos abuelos en Viena. Esther da a luz una niña a la que ponen de nombre Leonor.

Camila Conde, una chica gallega que se viene a estudiar a Madrid después de la muerte de sus padres, se hace cargo del departamento de ginecología del hospital de Pozuelo. Junto a ella, su gran amor, Leandro y sus amigos Ana María y Jorge, también consiguen un trabajo en el hospital, en el estudio de arquitectura y en la empresa Sistines de Telecomunicaciones.

Paco de Lucía no se olvidó de la promesa hecha a Renzo de llamarle en los días sucesivos. Había viajado a Sevilla y de allí a Cádiz, sus amigos de Algeciras le advirtieron que se acercaba la fecha que habían fijado para la fiesta en la finca cercana a la población y querían saber si la misma se mantenía sin cambios. Él le dijo que iba a hablar con su amigo Renzo, el pianista famoso de Madrid, para que le corroborara la cita que ya habían señalado.

Renzo vio la llamada en la pantalla de su móvil mientras estaba sentado en la banqueta del piano dando forma a la coda final de una de sus sonatas. Tuvo suerte porque la mayoría de las veces le llamaban y no descolgaba el aparato porque lo solía tener en silencio a fin de que no le molestaran. Lo descolgó al instante, sabía por qué le llamaba el maestro de Lucía y debían quedar.

- Maestro, buenos días, ¿en dónde tiene asentados sus huesos?

- ¡Jajaja!, qué gracioso eres, Renzo. Verás, he estado en Sevilla y voy camino de Cádiz. He quedado con la alcaldesa, Pepa, para comer este mediodía.

- ¡Vaya suerte!, dele un abrazo a la Pepona y díglele que no hemos de tardar en vernos, a ver si se marca un zapateado de los suyos.

- Bueno, sabes que ella siempre está dispuesta a apuntarse a cualquier jolgorio. El calorcito del incipiente verano ya fustiga a las tierras sureñas de Andalucía y las noches son ideales para mantenerse despierto hasta el alba, y más si se está en buena compañía.

- Me imagino que me llama por lo del fiestorro en Algeciras, ¿no?

- Así es, no hemos cambiado nada y la fecha de la cita se mantiene en lo hablado, por lo que espero que asistáis todos los que podáis.

- Bueno, mi hermana se apuntó la primera, desde luego. Sé que han reservado habitaciones en el Playa Victoria para mucha gente porque todo el mundo quiere viajar a Cádiz a pasar unos días junto a la inmensidad de las excelentes playas atlánticas para disfrutar de las mismas como Dios nos trajo al mundo. Pero a la fiesta de Algeciras iremos sólo unos pocos, supongo que se apuntarán Bárbara y Alejandro y es muy seguro que las sevillanas Rocío, Esther y Raquel, junto a sus parejas, no quieran perderse un evento de este tenor en lo profundo de su tierra andaluza.

- Por cierto, dijo Paco, deberíamos quedar un par de días antes para ensayar un poco alguna de las piezas que vamos a tocar; como te dije, la discográfica está empeñada en grabarlo todo para sacar un disco en directo con más material que tienen de otras actuaciones nuestras. En resumen, que podíamos quedar en Cádiz, si te bajas unos días antes y ensayamos. Hay un local que conozco que tiene un piano de cola estupendo y nos puede servir.

- ¡Genial!, dijo Renzo. Ya lo he hablado con Macarena y pensábamos irnos unos días antes. Queremos llevar a Helena con sus primos andaluces: así llama a los niños de Paco y Juana, para que disfruten en la playa construyendo castillos junto a su tío Paco, el mejor constructor de esos inmuebles en toda la costa gaditana.

- Tiene la materia prima muy cerca del hotel, dijo Paco, y está encantado de jugar con sus chicos en la arena.

- Bien, entonces quedamos la semana que viene en Cádiz, nosotros bajaremos a Sevilla en Ave y de allí a Cádiz iremos en la berlina de los padres de Macarena. Ya te contaré cómo acude el resto de la gente.

Leonie y Jan de Boer comprendieron que estaban profundamente enamorados el uno del otro, su noche de amor así lo había corroborado. Leonie se había mantenido un tanto confusa desde que coincidieron la primera vez en Toulouse, lugar en el que habían hecho el amor de forma desenfrenada y que había dado lugar al embarazo de ella. Luego, las circunstancias se habían complicado de tal manera que todo se les había ido de las manos. Sonia quiso desterrar sus celos de una vez y tomó la decisión de compartir con Jan las emociones que hubiera podido sentir junto a Leonie. Habían pasado una noche de lujuria y pasión en la que los sentimientos y excitación los habían llevado a compartir la cama a la vez, disfrutando de su juventud y sexualidad de forma inaudita, pero excitante y embriagadora.

Todo se había complicado un tanto, aquella había sido una noche de morbo y lujuria, aunque no era lo que pretendían para el futuro y así lo habían hablado. Pero la muerte de Sonia había trastocado todo, Leonie se había visto atrapada en un lío monumental en el que no sabía dónde estaban sus sentimientos, dividida entre su amor a Sonia, a la que nunca olvidaría, y su más que profunda atracción por Jan. Pero todo tiene su tiempo y sabía que un día u otro habría de suceder lo que ambos preveían, tenían una hija en común, Johana, que había venido al mundo en el mes de abril sin ninguna complicación especial y Jan había decidido estar junto a ella independientemente de lo que les deparara su relación con Leonie. Había trasladado su trabajo en Airbus desde Hamburgo a Madrid y estaba claro que quería compartir la vida con ella. Y ella se dejaba hacer, porque, en el fondo de su corazón, sabía que estaba enamorada de él, aunque le dolía mucho porque pensaba que estaba traicionando la memoria de Sonia.

Pero la vida continuaba, Sonia no iba a volver y ella debía intentar ser feliz, se debía a sus hijos, sus padres, su familia en general y sus amigos, y esperaba que la familia de Sonia pudiera entender sus sentimientos y aceptar su relación con Jan. Por ello no dudó en comentarlo con Julio y Manuela cuando vinieron a su casa para ver a su nieto Lorenzo.

- Veréis, les dijo, mientras ellos tenían en brazos a Lorenzo y Jan acunaba a la pequeña Johana sentado en el sofá, supongo que no se os escapa que Jan está viviendo aquí conmigo y que es el padre de nuestra hija Johana. Quiero deciros que esa relación se produjo en un momento de euforia por ambas partes y que no fue intencionado el embarazo, aunque luego lo hemos aceptado con alegría y profunda satisfacción. Pero Sonia conoció nuestro desliz al día siguiente y supo perdonar mi ofensa, de hecho, quiso conocer a Jan para dar por zanjado el incidente. Luego pasó lo que todos detestamos y estamos sufriendo.

- Bien, el caso es que no fue fortuito que nos dejáramos llevar por esa euforia, Jan me gustó como hombre y yo a él como mujer. Sabéis que mi amor por Sonia era especial, nunca me gustó otra mujer. Los hechos acontecidos nos han reunido en torno a esta misma casa y hemos comprendido que nos amamos. Nadie sabe aún de nuestra relación y hemos querido que fuerais vosotros los primeros en saberlo; quiero que sepáis que Sonia sigue teniendo esa hornacina preferente en mi corazón y que nunca la olvidaré, quiero que podáis seguir viniendo a esta casa como siempre, es la vivienda de vuestra hija y vuestro nieto y podéis estar aquí cuando queráis, nunca sobra el amor de las personas que nos quieren, pero también os pido que entendáis mi situación en la medida de lo posible, sé lo mal que lo estáis pasando porque lo veo por mí misma y lo padezco en mí misma. Y os pido que entendáis que Sonia no va a volver y que debo rehacer mi vida, como vosotros

tendréis que hacer, de una manera u otra. Contad con el amor que siempre os ha profesado, es el mismo de siempre.

Julio y Manuela no podían evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas mientras oían las palabras cálidas y meditadas de una Leonie triste y ojerosa, muy afectada por la muerte de su hija, pero necesitada de tomar las riendas de su vida en su nueva faceta y sabiendo que tenía a dos niños a los que criar y educar.

- ¿Qué quieres que te digamos?, dijo Manuela, ya nadie nos va a devolver a nuestra preciosa y querida hija. Sabemos que tuvisteis una relación amorosa y que os hizo muy felices a las dos, a todos nos costó acostumbrarnos a vuestro amor hasta que nos dimos cuenta de lo importante que era para vosotras y lo equivocados que estábamos al dudar de vuestra relación entre dos mujeres. Todos nos ilusionamos con la perspectiva de que formarais una familia, el pequeño Lorenzo llegó y llenó nuestras vidas de ilusión y amor, así como la llegada de nuestra otra nieta Claudia. Pero la vida nos depara golpes a los que no estamos acostumbrados, a los que es imposible acostumbrarse, desde luego. Preferiría mil veces que este accidente lo hubiéramos padecido Julio y yo, que nosotros hubiéramos llevado su suerte y que ella permaneciera aquí, al lado de sus hijos, junto a ti, disfrutando de una vida plena. Lo nuestro se ha convertido en un penoso vegetar. No tenemos ilusión con nada, sólo nos alegra un poco venir a ver a nuestros hijos y nietos, aunque luego nos llevamos llorando todo el tiempo pues se nos hace imposible dejar de pensar en nuestra hija.

- Creo que estás haciendo lo adecuado, Leonie, espero que Sonia nos vea a todos desde su atalaya en alguna estrella de nuestro universo y se sonría al ver nuestras tribulaciones, aunque le apene nuestro estado de tristeza y desesperación. Estará feliz viendo a tu preciosa hija en brazos de su padre y se sonreirá con las trastadas de nuestro pequeño Lorenzo, todo un trotamundos que no para tranquilo en ningún momento. No te preocupes por nosotros, entendemos tu situación y debes continuar tu vida, si amas a Jan y él te corresponde, sigue adelante, cultiva ese amor y sé feliz con tus hijos. Cuenta con nosotros para lo que quieras, sabes que nos encantará quedarnos con los niños cuando lo deseéis. Alejandro vive aquí al lado y sabe que nos tiene dispuestos para lo que quiera, nuestros nietos son ahora nuestro gran tesoro y nos sentimos encantados de ocuparnos de ellos.

- Gracias, Manuela, la verdad es que, conociéndoos, esperaba vuestra comprensión. Insisto en lo dicho, esta es vuestra casa y no dudéis nunca en venir cuando se os antoje. Y os tomo la palabra, seguro que nos vendrá muy bien que nos echéis una mano en más de una ocasión con los niños, no dudaremos en pedir os ayuda. Ya conocéis de sobra a mi padre Maximilian, podéis compartir con ellos vuestra estancia aquí, sabéis que estarán encantados.

Isabel no estaba dispuesta por nada del mundo a perderse la fiesta de Algeciras. Ya lo había organizado todo. Los mellizos estaban para comérselos, ya correteaban por la casa y el pequeño Marco era un terremoto que no dejaba títtere con cabeza. Pero su hermana Carmen le iba a la zaga, no se amilanaba ante él y no se dejaba manejar, de tal manera que sus enfrentamientos eran constantes. Había hablado con Paco en Cádiz, le había contado lo del evento que iban a hacer con el maestro de Lucía en Algeciras y le había comentado que tal vez hubiera sido conveniente contratar los servicios de un par de cuidadores para los niños, al menos durante el propio día de la fiesta y el posterior.

- Déjalo de mi cuenta, le dijo Juana. Tengo un par de sobrinos que estarán encantados de ocuparse de ellos, los llevarán a la playa y los acompañarán nuestros chicos, se lo van a pasar genial, ya verás. Mario ya tiene once años y Paula ocho, pueden

también cuidar de ellos, o al menos, jugar y entretenerlos. Y la pequeña Marta ya anda por los cuatro añitos, toda una moza.

- Tengo muchas ganas de verlos, son ya unos hombrecitos.

- No se olvidan de sus tíos y padrinos de Madrid, es lo que sois para ellos.

- Y así debe seguir siendo, ya sabes que para nosotros sois como unos parientes más y que no debéis de dejar de visitarnos en Madrid cuando queráis. Y si los chicos necesitan venirse a alguna universidad madrileña cuando sean mayores, no dudéis en contar con nuestra casa. Pueden estar aquí perfectamente. Afortunadamente tenemos medios de todo tipo para poderlos atender.

- Gracias Isabel, sé que tus palabras son sinceras y que puedo contar con vosotros. Es cierto, aquí en Cádiz las titulaciones son más limitadas y es posible que los chicos deban salir a otra universidad fuera de Cádiz para cursar alguna especialidad. Es toda una suerte poder contar con vosotros, desde luego.

- No lo dudéis un momento, cuando lleguen a esa edad ya serán adultos y pueden organizarse por sí solos por lo que no necesitarán muchas atenciones por nuestra parte, más que las estrictamente necesarias.

- Bien, entonces ¿Cuándo bajáis?

- La fiesta es el viernes de la semana siguiente. Espero que nos vayamos el martes de esa misma semana. Vamos a ir en el tren, es un viaje muy largo para los niños y hemos pensado en alquilar un monovolumen en Santa Justa, en Sevilla, y nos bajamos a Cádiz con toda la tropa. No sé cuánta gente se va a bajar porque he perdido la cuenta, seguro que tú estás más al tanto.

- Tengo reservadas once o doce habitaciones dobles, Paco lo sabe mejor, y, si viene más gente a última hora, ya me ocuparía de buscarles alojamiento como fuera, ya sabes que nunca os he dejado durmiendo en la playa.

- Bueno, en esas playas no hemos dormido, pero sí las hemos recorrido por la noche haciendo cosas inconfesables, ¡jajaja!

- Me lo imagino, tú, que eres la reina del despelote, no te habrás resistido al encanto de la noche gaditana bajo una luna plateada y un océano en calma.

- Lo describes a la perfección, hacer el amor en medio de la nada con el rumor constante de las olas y la luz de una luna por toda iluminación es un manjar al que un cuerpo joven no puede soslayarse. Por cierto, que no hemos conseguido que vengáis con nosotros a las playas donde nos bañamos desnudos. Nunca es tarde para lanzarse a la voluptuosidad y el atrevimiento del desnudo integral en las playas tan exuberantes que tenéis.

- Nosotros ya estamos un tanto mayores para esas lides, dijo Juana, de una forma tímida, no queriendo provocar a la lanzada Isabel, que era capaz de obligarles a despelotarse delante de todos.

- De eso nada, dijo esta última, los dos tenéis un tipo estupendo y no desentonaríais nada junto a nosotros; te aseguro que, si lo hicieras, no te ibas a arrepentir.

- No creo que podamos, ya sabes que en verano tenemos mucho trabajo y no podemos movernos de las inmediaciones del hotel.

- No te deslices tan sigilosamente, avispada y resbaladiza anguila. Te escapas de forma sutil, pero..., ¡ya veremos!, no creas que no os tengo en el centro de mi diana y os va a ser difícil escaparos.

Juana se calló de forma cautelosa, sin atreverse a reír, no quería dar pie a seguir con la conversación porque estaba segura de que, si Isabel se lo proponía, les iba a obligar a desnudarse y a ella le daba mucha vergüenza.

El alcalde de Vitoria, Íñigo Aguirre, estaba satisfecho. Les había costado tiempo terminar las obras del Palacio de la Música, pero, por fin, habían conseguido concluirlo. La última parte de la construcción se había demorado por falta de presupuesto y habían tenido que retrasar la finalización de la misma. Ahora, por fin, habían conseguido terminarla y se sentía satisfecho, había constituido todo un reto, el presupuesto se había desviado bastante del previsto porque no habían escatimado en la calidad de materiales y se habían introducido modificaciones importantes en el proyecto, como fue la construcción de un sótano más para aumentar el número de plazas de aparcamiento en el edificio, plazas muy necesarias por la escasez de estas en esa área de la población.

Había estado comiendo con el Lendakari, Iñaki Urquijo, y habían comentado la necesidad de hacer una inauguración en consonancia con el edificio tan excepcional de que se trataba y que daría a Vitoria una gran versatilidad para acometer eventos de todos los tipos, desde conciertos musicales, óperas, espectáculos varios o reuniones de partidos o asociaciones.

Tenían previsto hacer dicha inauguración una vez finalizara el verano, mediados de septiembre podría ser una fecha ideal, aún no hacía demasiado frío y se podría congregarse a una cantidad importante de personas en torno al evento. Hacerlo más tarde suponía poder encontrarse con días lluviosos o de mucho frío, desapacibles para este tipo de celebraciones, ya que la capital vasca se asienta en una meseta un tanto esteparia y fría.

Debía avisar a Pablo Hernanz y su equipo, ellos deberían participar de forma activa en el acto, no en vano el soberbio edificio era su creación y ya lo habían hablado. Debía comentarle la posible participación de su novia, Isabel Alonso, en el concierto inaugural que se celebrara y lo lógico sería que acudiera junto con su hermano Renzo Alonso. Quería avisarlos con tiempo, lo normal es que tocaran con la Orquesta de Euskadi y deberían ensayar las obras que fueran a interpretar en el evento. No eran muy buenas fechas para llamarlos, suponía que en esos días de verano podían estar de vacaciones y no estar localizados. Pero debía hacerlo, las fechas se le echarían encima y debían tener tiempo suficiente como para poder amoldar sus agendas con esta inauguración.

Buscó en la agenda de su móvil el teléfono de Pablo Hernanz y lo marcó.

- Pablo Hernanz al aparato, ¿quién llama?

- Pablo, no sé si me recuerdas, soy el alcalde de Vitoria, Íñigo Aguirre.

- ¡Alcalde!, ¿cómo no te voy a recordar? Por supuesto que sí, sería estúpido por mi parte, ¿no crees?

- Bueno, como hace unos meses que no hablamos, podías tenerme en algún lugar recóndito de tu memoria, pero veo que eres despierto. Bien, te llamo porque, después de los problemas sobre todo presupuestarios que hemos tenido, creo que estás al tanto de ello, hemos dado por concluidas las obras de nuestro Palacio de la Música. Sabes que ha sido una edificación compleja, excepcional, que va a dar una proyección internacional a nuestra modesta capital pero que, como ampliamos una planta de garajes y no hemos escatimado en costos de materiales lujosos, se nos ha disparado de costo y hemos tenido que hacer cabriolas circenses para poder terminarla.

- Me consta todo lo que dices, Esther me ha tenido al tanto puntualmente de todos los avatares sufridos en la obra y soy consciente de que habéis hecho un gran esfuerzo para terminarla. Pero aguas pasadas ya no mueven molinos, el edificio ahí está y creo que Vitoria va a ganar un importante reclamo turístico. Esperemos que podáis disfrutar de las instalaciones para ese multiusos que le queréis dedicar.

- Eso espero. La ciudad está encantada con el Palacio, cierto es que había cierto rumor en la opinión pública en el sentido de que las obras se estaban eternizando, pero ya

hemos superado ese bache y lo tenemos todo listo. Te llamaba porque, como no puede ser de otra forma, contamos con vosotros para la inauguración del mismo.

- Allí estaremos, no te quepa duda.

- Bien, contaba con ello. Pero verás, a nadie se le escapa que tu novia Isabel Alonso es una violinista fascinante con la que nos gustaría contar para el concierto de inauguración, y, si viniera ella, no podríamos soslayar la presencia de su hermano Renzo Alonso, el pianista y compositor más en boga en la actualidad en el mundo entero, diría yo.

- Bueno, no se trata de poner títulos, aunque es cierto que Renzo es un monstruo y que Isabel tiene un gran prestigio internacional como violinista, pero es indudable que existen muchas figuras artísticas de reconocido prestigio como ellos.

- Bien, ellos son españoles y debemos honrar y aplaudir a los nuestros en un evento para festejar un soberbio edificio que hemos hecho entre todos y que todos hemos colaborado en su costo.

- Mira, Íñigo, voy a ver a Isabel en unos minutos, estamos de vacaciones en Cádiz y ahora mismo está con los niños en la playa haciendo castillos de arena. Yo he venido un momento al hotel para recoger unas sombrillas y más palas y cubos, tenemos a una cuadrilla de albañiles que va a ampliar el casco histórico de Cádiz con sus construcciones en la playa. Bien, estoy por aseverarte que no tendrás problemas para contar con Isabel y Renzo, estarán encantados de acudir a Vitoria, al contrario, me temo que, si no les invitarais, acudirían a presenciar el evento.

- Gracias, me esperaba algo parecido, ya os conocemos y sabemos cómo sois. Pero gracias de nuevo. La inauguración va a ser el segundo sábado de septiembre, lo digo para que organicemos nuestras agendas, ¿te parece?

- Creo que es una fecha oportuna y, como bien dices, acoplaremos nuestros compromisos para estar ahí puntualmente. Espero que podáis organizar un acto al que acuda mucha gente, el auditorio es grande, el aforo es importante y puede dar cabida a lo más granado de nuestro país.

- Bien, ya nos ocuparemos, queremos que haya una amplia participación y nos gustaría que pudiera intervenir gente de los distintos pueblos y culturas de nuestro gran país.

- Mira, Isabel está ensayando por las tardes con su hermano Renzo y nada menos que Paco de Lucía en un local que el maestro ha conseguido aquí en Cádiz. Mañana vamos a una fiesta de gente de todo tipo, gitanos, andaluces, madrileños varios en una finca de un amigo de Paco en las inmediaciones de su localidad de origen, Algeciras. Al parecer la productora de sus discos se enteró de la juerga y quiere grabar en directo todas las obras que toquen, me temo que todo va a ser un poco improvisado, pero debe ser que es eso lo que quieren, reunir a los dos maestros, Renzo y de Lucía, en una suerte de creaciones improvisadas alrededor de palos del flamenco. Supongo que habrá bailaores, cantaores y palmeros. No sé, ellos sabrán, pero yo pienso divertirme de lo lindo.

- Bueno, no me pongas los dientes largos, Pablo, que me autoinvito y me presento en Algeciras recorriéndome el país entero.

- Serías bien recibido, alcalde, no te quepa duda.

Pablo acabó la llamada y se afanó con los trebejos, Juana le había sacado un montón e iba cargado con varios cubos, palas y sombrillas. Alejandro lo vio desde su posición en la playa y se acercó para echarlo una mano. Formaban una pequeña legión y se lo estaban pasando bomba. Isabel se afanaba igual con un balón al que chutaba al agua del océano que con las palas que manejaban Livia y Paula, y a la vez echaba mano de los

cubos y ayudaba a sus mellizos a ir dando forma a un enorme castillo en cuyo interior moraban casi todos los pequeñajos.

La tarde era apacible y el mar dormía en calma, la playa estaba atestada de gente de toda ralea y condición, jóvenes jugando al fútbol, a las palas, mayores desfilando junto a las olas en un ir y venir constante, pequeños afanados en una pelea constante con las olas y bebés con la cara llena de arena y sus mofletes henchidos de felicidad al encontrarse en un medio tan natural y atractivo para ellos; pero apenas notaban esa multitud, este litoral tiene una extensión grande de arena, con una anchura considerable, incrementada cuando la marea baja y cuya longitud se pierde en el horizonte, por lo que da cabida a toda la ciudad de Cádiz, si se lo propone.

La mayoría de los amigos de Pozuelo se habían bajado a Cádiz y los niños estaban disfrutando como nadie en la arena de la playa. Por la noche acababan exhaustos y era una suerte, porque los acostaban y se permitían cierto tiempo de relax para cenar todos juntos en la terraza del hotel, con el ruido incesante de las olas del océano a unos metros del mismo.

Renzo había quedado con Paco de Lucía esa tarde para dar los retoques finales a las piezas que iban a tocar, aunque la mayoría eran improvisadas. Pero el maestro había traído unos temas esbozados en su guitarra y debían darle algo de forma añadiendo el piano o el violín, según en qué momentos.

- Lo que no sé es qué va a pasar cuando se arranque algún cantaor, dijo el de Lucía, yo ya estoy acostumbrado a ello porque he tocado en muchos saraos de este tipo, pero no sé qué vais a hacer vosotros.

- No se preocupe maestro, espero que las musas nos asistan al calorcillo de la juerga y el cante. Cuando uno está en la tonalidad y los ánimos se caldean, las notas acuden solas, seguro que haremos algo bello y si no, que la productora se aguante, ya nos grabará en otro sitio ¡digo yo!

- Eres genial, Renzo, y tienes razón. Hemos de pasarlo bien, sobre todo, es la forma de que lo que hagamos nos salga mucho mejor. Cuando uno está feliz, las notas salen solas de la cabeza y se discurren las mejores improvisaciones. Por cierto, ¿no dijiste que iba a venir tu hermana Isabel?

- Así es. Debe estar al llegar, le dejé la dirección para que acudiera a ensayar alguna pieza y me dijo que dejaba a los chicos en la playa y que se venía hacia aquí.

Isabel llegó y se pasaron más de tres horas de la tarde sin dejar de ensayar varias piezas que el de Lucía tenía enhebradas y que los hermanos Alonso acoplaron en seguida a sus instrumentos y adornaron de forma magistral.

- Bien, yo creo que no hace falta mucho más, dijo Paco. Espero que nos divirtamos en la fiesta, es lo primordial. Si luego sale algo importante en la grabación que puedan aprovechar para algún disco, mucho mejor. Pero tampoco vamos a estar preocupados porque nos salgan las cosas como en un estudio de grabación, vamos a ir a divertirnos y eso no se nos ha de olvidar. Por cierto, he quedado con la alcaldesa en una taberna aquí al lado en diez minutos. Ya sé que tenéis a toda la tropa de niños y amigos en el Playa Victoria, pero eso no os va a impedir que nos tomemos un vinillo con nuestra Pepona. Le dije que veníais y me advirtió de que no os dejara escapar sin verla.

La Pepa se presentó a la hora fijada en la plaza del Ayuntamiento, donde habían quedado. Se acercaron a una tabernilla próxima donde estuvieron tomando unos vinos blancos fríos con unas tapitas que agradaron el gaznate seco de los comensales. La Pepona estaba feliz, había logrado conectar con el sentir popular de la gente de Cádiz y era alguien querido y respetado en toda la ciudad. Parecía conocer a cada vecino porque no paraba de saludar a la cantidad de ciudadanos que se la acercaban. Su alegría y sentido del humor le habían convertido en el blanco de todo tipo de chirigotas en las que sus paisanos

ridiculizaban de forma humorística y sagaz su gestión o su propia apariencia física y ella no sólo se molestaba por ello, sino que hacía mofa de sí misma con la naturalidad propia de quien sabe que todo se trata de una crítica afilada y puntillosa que utiliza el pueblo gaditano para llamar la atención de muchas de las necesidades o carencias de la ciudad. La Pepa había participado en chirigotas en cuyas actuaciones se criticaba a sí misma, sin ningún tipo de empacho o contención.

- Entonces contamos mañana contigo, le dijo Renzo mientras daba cuenta de unas gambas al ajillo que estaban para relamerse.

- Si no voy yo, no hay fiesta, contestó la Pepa en tono guasón. Y me encargo de echaros de Cádiz, de la capital y de la provincia entera.

- ¡Vale, vale!, dijo el de Lucía, estoy seguro de que serías capaz de correr tras nosotros por toda Andalucía, si hace falta.

- Bueno, es que un sarao como el que se va a montar no sucede tantas veces en la vida y una es muy de su tierra. Si vives y no lo haces para pasar ratos como el que espero de mañana, es para bajarse del mundo y no volver.

- Bien, entonces..., ¿quedamos mañana sobre las seis de la tarde?, dijo la Pepa, creo que es un acierto que vayamos en el minibús, nos juntamos bastante gente y es inevitable que tomemos algunas copas, aunque yo no suelo prodigarme en alcoholes, no me sientan demasiado bien y pierdo el sentido.

- Nosotros estaremos en el hotel, ya lo sabéis, dijo Isabel. Vamos a ir con Alejandro y Bárbara, Pablo y Macarena y nuestros amigos sevillanos con sus parejas, Esther, Rocío y Raquel. Martín se va a llevar la guitarra, por supuesto.

- Me temo que vamos a llevar el minibús atestado de gente a este paso, ¿no sería mejor un autobús grande?, dijo Paco.

- Lo miraré, añadió Pepa, la empresa tiene coches de todo tipo y puede cambiarnos el pequeño por uno más grande. Tenemos que hacer un recuento de los que vamos y determinar qué hacer. O sea, vosotros, sois doce, ¿no? ¿O se apunta alguien más a última hora?

- No lo sabemos, en el hotel hay más gente, pero no creo que se animen a venir, en cualquier caso, vamos a darnos un margen de otra pareja, ¿vale?

- Bien, dijo al Pepa, haré recuento y veré qué hacer. Lo más probable es que llevemos un autocar con plazas de más por si luego le da a más gente por venirse de vuelta con nosotros.

El hotel Playa Victoria se había convertido en una especie de delegación de la urbanización de Valcaliente, allí habían acudido Ismael con Clarence y su hija Bernardette, había llegado Leonie con Jan de Boer, su hijo Lorenzo y la pequeña Johana, y también había invitado a su hermana Catharina a pasar unos días en su casa en tanto esperaban la terminación de las obras del hospital. Hugo había compaginado sus vacaciones de verano para estar junto a ella y no podía perderse esa cita por nada del mundo. Su hermano Ismael, que había oficializado su relación con Juan Ramírez se encontraba feliz jugando en las olas con los niños pequeños. Ana Ramírez se encontraba ya en avanzado estado de gestación, su hijo vendría al mundo en la segunda quincena de septiembre y su tripa ya se manifestaba abultada. Hacía pareja con Claudia Anderson, la mujer de Ernest Wilson, americana de Laredo en Tejas, que también empezaba a dejar ver su prominente tripa bajo la sombra fresca del parasol en el que se había instalado, sentada en una sillita playera.

Juan e Ismael estaban viviendo una época increíble. Se conocían desde muy pequeños y habían compartido juegos, salidas por las tardes con la pandilla, meriendas en casa de uno y otro viendo películas o jugando a la videoconsola, se habían bañado juntos

en la piscina de sus casas, pero su vida había cambiado de forma radical. Ya eran adultos y el descubrimiento de su atracción mutua les había cambiado todos los esquemas. Al principio se sentían un tanto raros porque ni ellos mismos se daban cuenta de la trascendencia del amor que se tenían y eran desconocedores de los matices tan variados de su relación con respecto a las parejas heterosexuales. Pero habían recibido de forma incuestionable el apoyo de sus familias respectivas y eso les había dado aliento para seguir adelante en una relación que deseaban pero que les hacía mostrar muchas dudas acerca de su continuidad o buen funcionamiento. Eran del todo desconocedores de esas relaciones afectivas y se mostraron muy cautos y temerosos ante sus propios afectos, como si no estuvieran del todo seguros o creyeran que algo no estaban haciendo bien del todo.

Habían viajado al pueblo de los abuelos de Juan en la Sierra de Gredos, cuando dieron a conocer su relación a sus familiares y allí habían asentado aún más sus afectos. La abuela María, que ya estaba viejita pero delgada y fuerte, les había abrazado de forma afectiva y franca cuando llegaron. Ella amaba con locura a su nieto Juan y se había dado cuenta, desde hacía años, que tenía una forma de ser especial, con maneras de hacer mucho más finas y delicadas que las de los hombres en general. Le alentaba a escribir poesías y se mostraba entusiasta leyendo todas las que el componía. Le decía que tenía un alma limpia y serena y que sus poemas demostraban esa cualidad en su alma.

Les hacía la comida con productos sanos de la huerta que el abuelo Eulogio aún cultivaba, ya pasados los ochenta, con el vigor de un hombre joven. Hacía a mano la mayoría de las tareas hortícolas porque iba reponiendo las distintas berzas en los surcos de la huerta que moldeaba y roturaba con la azada de forma paulatina y de poco en poco. Quitaba un surco o dos de zanahorias y plantaba patatas o coles. Iba alternando las distintas berzas con la época del año en la que se daban. El invierno era duro en la serranía, la propia altitud hacía que las noches fueran gélidas y los vientos helados abrasaban las hojas tiernas de coles y coliflores, pero Eulogio había previsto tal circunstancia años atrás y, en colaboración con su hijo Ricardo, había diseñado la estructura de un invernadero que el cerrajero del pueblo le había instalado, para luego acoplar la cubierta de plástico que trajo Ricardo de Madrid y que habían colocado entre ambos. Había resuelto un problema que les acuciaba porque el invernadero les permitió tener verduras mucho más tiempo y que muchas de ellas no se lesajaran por los hielos. Eulogio se pasaba muchos días, en los albores de la primavera y el otoño, metido en el invernadero junto a María. No paraban de plantar especies nuevas y abastecían a sus hijos con esos productos naturales, ecológicos, que hacían las delicias de todos. Ricardo acudía cada dos fines de semana al pueblo, Raquel lo acompañaba encantada, solían invitar a sus padres a comer en un restaurante cercano donde tenían unas judías del Barco de Ávila que cosechaban ellos mismos de forma natural y que estaban para relamerse. Se proveían de todo tipo de conservas que sus padres guardaban en una fresquera cercana al huerto, tomates al baño María al igual que los pimientos a los que asaban y una vez hecho, los metían en botes. Pimientos secos que colgaban en unas cuerdas en la cocina de la matanza y que ahumaban para luego, una vez secos, freírlos con aceite muy caliente y dejarlos charrascosos. Colgaban los melones de piel de sapo con trapos para no hendir su corteza en el desván y se mantenían en un estado magnífico. Metían las judías verdes en botes de vidrio, también al baño maría. Cogían higos secos y los conservaban para todo el invierno, traían aceitunas de la zona del Valle y las endulzaban en tinajas de barro con la mera adicción de sal, para luego, una vez desprovistas de la borra, aliñarlas con tomillo salsero, cascaras de naranja, pimientos morrones, hojas de laurel, orégano...

María recibió a su nieto Juan con los brazos abiertos y una sonrisa franca en su cara. Abrazó de igual forma a su pareja, Ismael, al que ya había saludado en Pozuelo en

alguna de las visitas escasas que habían hecho a la capital desde que su hijo Ricardo se instaló en la misma.

- No debéis sentir ningún tipo de complejo o discriminación porque os améis. Me gusta mucho leer, ya lo sabes, Juan, y sé que la homosexualidad es tan antigua como la propia humanidad. No sé quién puede haber metido en la mente de las personas la idea de que la homosexualidad es algo perverso, malo o dañino, una especie de desviación moral de los individuos. Me temo que las religiones, con esa inclinación histórica a dominar la mente de las personas para ejercer su poder sobre ellas basándose en determinados parámetros morales que en la mayoría de los casos conducen a que la gente no debe gozar de este mundo porque todo lo va a hallar en la vida eterna, se han encargado de difundir que ser homosexual es poco más que ser un perverso, un depravado sexual, un demonio con orejas enormes y un rabo como ese Lucifer que se inventan. Pero nuestras sociedades están avanzando en todo y, afortunadamente, cuanto más avanzadas son las culturas, mucho más entienden a las personas homosexuales, como alguien normal con otros gustos sexuales o emocionales. Pero castigar o denigrar a alguien por su sexualidad es de mentes torticeras manipuladas por determinados credos, mentes que no tienen la suficiente flexibilidad o complejidad de pensamiento como para poder entender que no hay nada malo en amar a alguien, sea o no de tu mismo sexo.

- Vaya abuela, dijo Juan, veo que estás muy instruida en estas cosas.

- Querido nieto, ya me pergeñaba yo que tenías estas tendencias y, te lo creas o no, me he instruido mucho al respecto porque quería estar preparada por si se presentaba el día en que mis sospechas se hacían realidad. Nunca le dije nada a nadie, salvo a tu abuelo Eulogio, con él lo comparto todo. Y he de decirte que él se sorprendió y me dijo que era un poco bruja, que ¿cómo podía suponer eso de ti?

- Yo le dije que era una sospecha fundada pero que no lo podía aseverar de forma certera. El tiempo me ha venido a dar la razón. Quiero que os encontréis aquí a vuestras anchas, ya sabes que vivimos pendientes de vosotros y vuestro bienestar. Nos gusta el pueblo y lo que hacemos, y nos agrada mucho que no dejéis de venir a vernos, para mí y tu abuelo es un regalo que vengáis a compartir unos días con nosotros. Podemos indicaros sitios en la sierra donde hacer alguna excursión, ya no podemos acompañaros. Pero tú conoces más de un lugar, ya los has recorrido con tu padre. Ahora puedes enseñárselos a tu querido Ismael.

- Y no os cortéis en nada en vuestras muestras de afecto, portaos como una pareja normal que se quiere. Os hemos preparado la sala grande, la que tiene chimenea, os la dejaremos puesta por la noche para que os mantenga el cuarto caldeado y no paséis frío. No escaseamos de troncos de madera, tenemos más de la que consumimos. Un sobrino se dedica a sacar leña de roble del monte y nos tiene bien provistos con unas *rimeras* enormes de palos de encina y roble.

- Abuela, por cierto, ¿dónde está el abuelo?

- Me ha dicho que, si llegabais, os llevara al invernadero, estos días de invierno en los que sale el sol y calienta el interior, son una maravilla para estar allí dentro. Le gusta mucho estar allí haciendo cosas, no para de estar sembrando a recogiendo cualquier cosa. Dice que cada día tiene que hacer algo nuevo, ahora está reparando los pequeños desperfectos o agujeros que se hacen en el plástico, arregla el riego por goteo o repara las cuerdas de las que cuelgan las judías o las matas de los tomates. Nunca la falta algo que hacer.

Ismael se mantenía en un segundo plano, expectante, dándose cuenta de la forma tan cálida y afable que la abuela María les había recibido. Ella no fue ajena a su supuesto retraimiento y no dudó en acabar con esa situación. Para ello se acercó a él le dio un beso

en su cara y le tomó del brazo, a la vez que hacía lo propio con su nieto Juan y los encaminaba hasta el invernadero.

Eulogio se conservaba en un estado de forma ideal, su vida se limitaba a estar entretenido con sus cosas, la huerta era su principal afición, aunque a base de insistencia por parte de María, había conseguido animarse a leer más de un libro y luego se había ido habituando. Cuando Ana, su nieta, ganó el premio Planeta no dudaron en comprar un montón de ejemplares a través de una librería de Ávila que conocían y ellos se encargaron de regalar el libro a todos sus amigos y familiares del pueblo. Ni que decir tiene que hablaron con Ana y ésta les dijo que la editorial iba a hacer una tirada pequeña con libros con una encuadernación de lujo y que ellos serían los primeros agraciados con un ejemplar cada uno, expresamente dedicado y firmado por ella.

- Nosotros te los compramos, así contribuimos a incrementar tu estadística de ventas.

- De eso nada, dijo Ana, ya está bien, habéis comprado un montón de ejemplares y me habéis dejado dinero para la compra de mi casa, que os voy a devolver ya, el premio me ha hecho rica.

- Ya sabes, continuaba María, que vosotros sois nuestra vida, lo que tenemos es vuestro y estamos tan orgullosos de nuestros nietos...

- Lo sé, abuela, dijo Ana, tú sí que eres un orgullo y ejemplo para todos nosotros. Tu generosidad y entrega no tiene límites y nos mimas con tus constantes y cálidas atenciones. Que sepas que presumo de ti ante mis amigos y compañeros, no hay una persona más afectiva y cariñosa que mi abuela María, a la que todos queremos con locura.

- Gracias hija, no sigas, que me haces llorar. No sabes lo que tus palabras significan para mí. Todo lo que hacemos en el pueblo tiene sentido porque sabemos que os encantan estos productos ecológicos que producimos en la huerta y acudís prestos a por ellos. Tu padre siempre los supo apreciar, y tu madre, como mujer inteligente que es, supo darles el valor que realmente tienen.

- Ya sabes, abuela, que, gracias a ti hay mucha gente en Pozuelo que come ecológico. Papá supo transmitir tus enseñanzas a Carmela Castaño, quien, desde su supermercado, el Español, ha sabido exponer a un público selecto una gran cantidad de productos ecológicos que ahora todo el mundo consume de forma habitual. Susana, la dueña del restaurante el Asador, a quien tú también conoces, ha seguido la estela marcada y en su negocio no se come más que productos orgánicos y naturales. Y su éxito es palmario. Te aseguro que no pasa un día sin que menciones a la vanguardista abuela María de un pueblecito de la Sierra de Gredos, quien, con su visión avanzada y de futuro, supo ver lo importante que es para nuestras vidas saber alimentarse de forma correcta y complementarlo con el ejercicio físico.

- Bueno, preciosa, yo sólo hago lo que he hecho siempre. La naturaleza es muy sabia y sólo debemos observarla. Todo tiene un sentido, si dejamos a las plantas crecer con los productos naturales que reciclamos, ellas nos devuelven su fruto jugoso y maduro, compuesto por los minerales y vitaminas propios de su especie. Pero si las contaminamos con pesticidas, insecticidas y otros aditivos antinaturales, ellas nos devolverán en sus frutos los tóxicos con los que las hemos alimentado, ¿no crees?

- Claro que lo creo, abuela, lo dices de una manera tan sencilla y directa que no cabe otra explicación posible. Eres la mejor y te quiero mucho.

- Mira, ves, tus palabras son un alimento natural y único para alimentar el corazón de esta pobre ochentona.

- De pobre nada, y de ochentona tampoco, si no lo dices pasas perfectamente por una mujer de setenta años. Si tienes mejor tipo que yo, que ando con mi tripa a cuestras y con dolores en la espalda.

- No digas tonterías, los años no pasan en balde y hacen mella en nuestra salud, aunque es cierto que nosotros no vamos nunca al médico, de hecho, a veces viene él a vernos y le proveemos de productos para su mesa. Nos dice que éstos son las auténticas medicinas, que el ejercicio físico y una buena alimentación adecuada constituyen por sí solos el principal componente para mantener un estado bueno de salud y poder soportar de forma más saludable los últimos años de nuestra vida.

- Tienes toda la razón, pero no quiero que te hagas la mayor, pronto vas a ser bisabuela y tu biznieto no se puede perder a unos abuelos tan especiales, lo he de llevar para que os pisotee los surcos de los tomates y los pimientos y para que se llene la cara de barro con la tierra mojada de la huerta, para que pueda comerse una zanahoria recién arrancada de la tierra y llenarse la boca con un jugoso tomate recién cortado de la mata.

- Bueno, me gusta comprobar que lo que he enseñado a mi hijo, lo veo reflejado en mi preciosa nieta y que ella quiere que se los trasmitamos a nuestros biznietos. Soy una afortunada por teneros a todos, el abuelo lo dice de igual manera. Por cierto, que se leyó tu libro en apenas tres días, nunca lo ha visto tan aficionado en la lectura como cuando lo cogió en sus manos. No se lo digas, pero le vi llorar como un niño mientras leía, yo creo que pensaba en ti mientras lo estuvieras escribiendo y se conmovía en algunos pasajes tan emocionantes y tiernos.

- Abuela, no me digas eso, que me harás llorar a mí, también.

- Y sabes que digo la verdad, a mí me pasó, me di una *hartá* de llorar cuando estuve leyendo tu novela.

- Gracias, otra vez, no hay oro en el mundo para pagar el amor que trasmites en tus palabras, abuelita.

- Tú eres una digna hija de tus padres, un clavel precioso de esa rama fecunda de nuestro árbol familiar.

- Ya sé, dijo Ana, de dónde nos viene la rama poética en esta familia...

Eulogio estaba haciendo surcos, volcado con la azada sobre su espalda, la tierra estaba mullida porque la había desbastado previamente, arrancando los troncos de las coles que había tenido plantadas y apartándolos al lado para meterlos en una tina donde iba haciendo compost que luego esparcía por la propia tierra. También estaba en contacto con un ganadero cuyas cabras pacían casi todo el año en la sierra y cuyo estiércol bajaba al pueblo desde las enramadas donde pernoctaban protegidas del relente y frío de las noches invernales, en grandes sacos de esparto que vendía a los lugareños para fertilizar los huertos que se ubicaban en los alrededores del pueblo.

Cuando Juan, Ismael y María entraron en el invernadero notaron la gran diferencia térmica que existía de estar en la calle al interior del mismo. Aún conservaban alguna berzas de invierno y María no durar en echar mano de una lombarda, cortarla y quitarla las hojas peores.

- Esta noche podemos hacerla para la cena, dijo, sin más.

Eulogio les saludó con afecto y les explicó lo que estaba haciendo.

- Voy a preparar estos surcos para poner unas lechugas tempranas, aquí se dan muy bien porque es una zona resguardada de los vientos del noroeste que son los más fríos y el invernadero mantiene una buena temperatura. También estoy preparando la tierra para poner unas judías verdes. Ricardo y Raquel se llevan un montón cuando vienen. Bueno, Juan, tú lo sabes bien, en vuestra casa coméis muchas de las verduras que aquí plantamos.

- Claro, abuelo, nuestros padres nos han acostumbrado a comer vegetales desde pequeños, a mí me encantan las acelgas de aquí, tienen mucho sabor y sólo les añadimos sal y aceite una vez hervidas.

- Hoy vamos a preparar una pierna de cabrito en la lumbre, dijo su abuela. Ya la tengo macerada desde ayer y la vamos a hacer en una cazuela de barro. Espero que os guste.

- Claro que nos va a gustar, dijo Juan, pero a Ismael le hemos de dar a probar el vinillo de pitarra que hacéis aquí en el pueblo.

- Bueno, nosotros lo traemos del valle, que está en la ladera sur de la sierra y es más abrigado, por lo que las uvas para vino son mejores, dijo el abuelo Eulogio. A mí me gusta mucho uno de color canela que hacen con uvas blancas y que es un poco más suave que el tinto. También tienen un clarete genial. Pero venid, os voy a enseñar la bodega. Antes hacíamos vino aquí, pero ya sólo conservamos las tinajas de barro y los útiles con los que hacíamos el vino. Ahora lo compramos en el Valle en damajuanas de vidrio y lo conservamos aquí al fresco. Me llevaré unas botellas y nos echamos un trago en tanto vamos preparando el cabrito. Tenemos unas morcillas de calabaza que vamos a asar en las brasas de la lumbre para hacer unos aperitivos y poder trasegar mejor el vinillo.

- Abuelo, dijo Ismael, veo que aquí en el pueblo no os falta de nada.

- Bueno, nuestra vida es sencilla, ya lo veis, pero no por ello dejamos de saborear las cosas buenas que nos gustan. Y también sabemos disfrutar de nuestros hijos y nietos, nos gusta ir a Madrid, allí nos hacéis sentir como en casa y acudimos con gusto. A María le gusta el teatro y Raquel se ocupa de que llevarla a alguna obra que sea entretenida. Y yo disfruto ocupándome del jardín cada vez que voy. Ricardo es muy aficionado y lo tiene bastante bien, manda a unos jardineros que le hagan lo más trabajoso. Pero cuando voy le damos un repaso a todo, a los árboles, setos y arbustos.

Ismael no se dio cuenta, pero el vinillo tenía un gusto como para relamerse y no se anduvo recatando, la morcilla asada en una cama de pan integral tostado al amor de la propia lumbre estaba de pecado y no dudó en repetir una y otra vez mientras agotaba los chatos de vino que Eulogio los servía, rellenando una y otra vez los vasos mientras se reían y comentaban el color y olor que desprendía el cabrito dorándose bajo en calor de las propias brasas.

La tarde, en aquellos días de invierno, agonizaba a edad prematura pero el espíritu de todos aún se mantenía joven. Los aperitivos habían dado paso a la ingesta del sabroso cabrito y la conversación se animó en torno al amor de la lumbre. Los jóvenes se sintieron a gusto junto a los abuelos y no dudaron en dar muestras del amor que cada día anidaba con más fuerza en sus corazones. Ismael no dudó en abrazar a Juan mientras brindaban con sus vasos y, sin pudor alguno, puso sus labios en los de su enamorado, dándole un apasionado beso.

María se daba cuenta de la pasión que les unía y se dijo que era bonito, que notaba la felicidad en su nieto y su pareja, que no había nada ni nadie en el mundo que pudiera poner objeciones a ese amor. El vino, la opípara comida y los postres dulces hicieron mella en los estómagos, ahora agradecidos, de los comensales. Eulogio decidió que era el momento oportuno para salir a la calle, bien abrigados ya que el sol había bajado y las temperaturas habían hecho lo propio, y dar un largo paseo por las empedradas calles del pueblo para bajar un poco el sopor de la comida. No se olvidó de atizar bien la lumbre de dejar encendida la chimenea que tenían en la sala donde hospedarían a sus jóvenes y enamorados huéspedes. María quería que se sintieran a gusto, que dispusieran de la intimidad que quisieran y que vieran su casa como el lugar donde serían queridos y bien recibidos en cualquier momento.

El paseo les reconfortó, la noche había caído sobre el pequeño pueblo y apenas encontraron gente por las calles, pero se veía luz en el interior de las casas y un profundo olor a madera con resina quemada, proveniente del humo de las chimeneas alimentadas

por troncos de pinos de los pinares de las inmediaciones, se apoderaba del aire límpido y fresco proveniente de los nevados picachos de la egregia cordillera carpetana.

Tenían razón Eulogio, el paseo les reconfortó, pero volvieron pronto a la casa. La temperatura bajaba a pasos agigantados en la medida que se asentaban las sombras oscuras de la noche en las intrincadas callejuelas de la población, por lo que aceleraron su vuelta a la confortabilidad de la caldeada casa. María había dejado un puchero puesto en la lumbre y, cuando volvieron, el agua hervía en el mismo. No solían tomar café a esas horas de la noche, pero María tenía malta tostada y decidió echarla en el puchero. Pronto el olor inundó la estancia y todos concluyeron que les apetecía una buena taza del oloroso brebaje.

Con la conversación decadente les atrapó la hora nocturna, los abuelos notaban que su hora se acercaba y querían descansar. El día había sido ajetreado y necesitaban el consuelo del descanso. Unas pocas horas de sueño deparador les servirían para renovar sus fuerzas y madrugar con el alba. Eran conscientes de que los chicos también necesitaban su intimidad y María no se acostó sin saber que tenían todo a su gusto. Los troncos de roble crepitaban en la chimenea dejando un resplandor cálido y confortable, la temperatura era ideal y les dejó indicado cómo avivar el fuego con más troncos, si lo necesitaban.

